

Marcela Paz

¿soy dix-leso?, per

Capeluch lo



Papelucho tiene una enfermedad muy choriflai y, aunque no tome remedios, no debe ir al colegio ni hacer tareas por un tiempo. Es "dix-leso" porque, según él, creen que es chistoso cuando habla en serio. Aburrido de no hacer nada, se entretiene cuidando un auto sin bencina que resulta ser robado. La patrulla que lo traslada a la comisaría como sospechoso del robo choca y termina junto al teniente Albornoz en la Posta Central. Así comienza la fantástica historia policial en la que Papelucho se involucra al ser rescatado equivocadamente por una banda de ladrones.



eBooks con estilo

Marcela Paz

Papelucho

¿soy dix-leso?

ePUB v1.0

ZirKo 02.08.12

más libros en epubgratis.me

Título original: *Papelucho ¿soy dix-leso?*
Marcela Paz, 1971

Editor original: ZirKo (v1.0)
Corrección de erratas:
ePub base v2.0



1 salir de clase me llamó la Srta. Brigitte y me entregó una carta.

—Papelucho, dale esta carta a tu mamá. Mañana me traes este sobre firmado por ella. ¿Entendiste?

—Claro que entendí —le dije— y también le puedo traer más sobres si no tiene.

—No —dijo ella con cara de odio—. Quiero este sobre firmado.

Me lo eché al bolsón y me vine pensando en que seguro que ella quería felicitar a mi mamá por su hijo. ¿Para qué otra cosa podría escribirle? Me

sentía como liviano por dentro, con esto de que la mamá de uno tenga un hijo tan choro que soy yo. Así que llegando le entregué la carta y mientras ella leía yo me quedé esperando el abrazo o cosa por el estilo.

Pero nada.

Mamá leía y leía y su cara se iba poniendo arrugativa y sulfurosa.

Por fin terminó y me quedó mirando sin hablar. Sus ojos parecían dos metralletas mellizas. Yo me reí, siempre esperando alguna cosa.

—Anda a jugar —me dijo sin abrazarme y tampoco me dijo: "Anda a hacer tus tareas" como otras veces. Algo raro pasaba.

Al otro día, cuando yo iba saliendo, me atajó:

—Hoy no vas al colegio. Te voy a llevar al médico —me dijo.

—¿De qué estoy enfermo? —pregunté—. No me duele ninguna cosa ni tengo pintas por ningún lado. Apenitas las costras de mis rodillas...

Era mejor no alegar. Total me ligaban vacaciones sorprendosas.

Y en la tarde fuimos al doctor. Era un señor bastante preguntón, que se hacía el simpático por fuera, pero se notaba que era chueco por dentro.

Me martilló las costras y otras cuestiones con un martillito lindo. Y mientras hablaba y hablaba con la mamá se martillaba su otra mano. Yo pensaba ¿qué pasaría si en vez de su mano gorda se martillara el tremendo grano que tenía en la nariz? Pero apenas se lo rascó y siguió dale que dale hablando de "este niño".



Traté de entender lo que decían, y casi lo entendí. No estoy bien seguro si la cosa es que soy superdotado o viceversa. Menos mal que además parece que soy dix-leso, que es algo muy choriflái y como distinto. Y tampoco me importa mucho ser así.

En todo caso con este asunto, el papá y la mamá hablan y hablan de mí, van al colegio a ver a mi profe y vuelven furiondos con ella y siguen alega que te alega. Total el papá dice que sería bueno que la Srta. Brigitte fuera a ver a su doctor porque es una erótica y calumnienta.

De todos modos yo tengo mi enfermedad propia y nadie me la quita.

Pero en la noche, me desvelé. Porque claro, en el día a uno le gusta ser enfermo y en la noche no. Así que me fui donde mi papá que roncaba frente a la TV y le apreté la nariz porque es el único modo de despertarlo. Y antes de que se enfureciera, le dije:

—Papá, te compadezco de tener un hijo enfermo.

—¡Gracias! No te preocupes... —y otra vez cerró los ojos.

—Quiero saber si mi enfermedad se pega —le remecí bien el brazo.

—No. De ninguna manera... abrió los ojos y me miró turno.

—Entonces ¿por qué no voy al colegio?

—Es mejor que descanses unos días.

—¿Eso quiere decir que no necesito estudiar más? ¿No volveré al colegio?

Me estaba dando cototo de no volver en jamás de los jamases y perder para siempre mi chicle del escritorio, mi gusano de seda y el membrillo que tengo madurando.

—Volverás apenas te mejores —dijo el papá consolativo.

—¿Cómo voy a mejorarme si no me dan remedios? ¿Me van a operar?

—No, no, no. Ni operación ni remedios. Puramente unas clases de atención.

—¿Clases de atención? No entiendo...

—¡Eso! —clamó electronizado—. Tú no entiendes algunas cosas simples. Con unas pocas clases te mejoras —y me palmeteaba todo entero.

—¿Me mejoro de qué?

—De lo que tienes, claro...

No se atrevió a decirme el nombre de mi enfermedad. Pero yo sé que es dix-leso. La mitad de la palabra lo dice y ¿la otra mitad?

Me volví a la cama. No había entendido nada de lo que me dijo el papá. Esa es mi enfermedad. Soy dix-leso y me voy a mejorar. Ahora que lo sé,

más vale dormir.

A lo mejor despierto sano.



Me desperté con esa cuestión de felicidad como de que mañana es mi cumpleaños. Y como no era, me acordé de que estaba enfermo. Pero sin remedios. Y también sin colegio ni tareas..

Por fin podía hacer mis inventos urgentes, antes de que los hiciera otro. En el colegio no hay tiempo, así que con estas vacaciones enfermosas me iban a resultar.

Pesqué mi diario y me trepé en el peral donde nadie molesta. Y anoté todo antes que se me olvide.

- Invento 1: La churrasquera jugosa. Ahora que no hay carne podría ser la solución mundial. Funciona en un helicóptero a bajo vuelo que al pasar por un potrero donde hay vacas se da vuelta de carnero y con sus hélices le saca una tajadita a cada vaca. La vaca ni se da cuenta y al otro día está sana. Así no muere jamás el animal. Automáticamente cae la carne sobre el motor caliente, se achurrasca y el copiloto la mete en el pan.
- Invento 2: Zapatos electrónicos. Tienen tres velocidades y sirven en

vez de micro o bicicleta. Es pura cuestión de un alambrito de contacto en el talón del zapato y dos pilas en el bolsillo. Más o menos como los aparatos que usaban antes los sordos. Es un invento barato y fácil.

- Invento 3: Aspirador ventilante. No lo alcanzo a inventar hoy. Es algún aparato que le quite de la cabeza a los papas ancianos sus pensamientos problemosos. Funcionando tres minutos a mil revoluciones les quitaría la arruga de la frente y los dejaría listos para contestar las preguntas que uno hace. Y con cinco minutos les darían ganas de jugar o cosa por el estilo.

Ahora cuando vuelva al colegio, no voy a tener más que una cosa en qué pensar, o sea podré estudiar y oír lo que dice la profe.

Resulta que cuando bajé del peral, ya habían almorzado y apenas me dio mi almuerzo, la Domi se largó porque le tocaba salida, y me quedé rotundamente solo.

No porque uno es dix-leso se ha de aburrir. Uno se aguanta un rato haciendo inventos, pero también se cansa. Y como uno no es ni guagua ni viejo no se entretiene mirando moverse las hojitas de los árboles o viendo pasar los autos...

Cuando uno está solo no hay más que dos alternativas: o lo pasa uno astronáuticamente bien, o se aburre. Y si lo pasa astronáuticamente bien hay dos alternativas: o lo sigue pasando mejor o se frigea.

Porque estar en la misma gozadura es igual que aburrirse.

Pero lo malo es que si uno trata de pasarlo mejor, entonces lo pasa peor. Así que es mejor tratar de pasarlo peor y como lo está pasando un poco mal, lo pasa mejor. Porque total no puede pasarlo peor...

Entonces me senté en la vereda a esperar "algo". Dios siempre tiene lástima de los lateados, pensé. Y resulta que en ese mismo momento vi un Peugeot blanco con dos chascones que no podían hacerlo partir.

Y me acerqué a mirar.

Habían abierto el capó y le metían dedo a cada cosa.

—¿Qué querís, cara'e chicle mascao? —me dijo uno.

—Lo que le falta es bencina —dije, por decir algo.

Los chascones se miraron. Olieron el motor y se secretearon.

—¿Tenis un tarro? —preguntó uno.

—¿Hay bomba bencinera cerca? —preguntó el otro.

—Tres cuadras para allá y dos a la izquierda. Pero no tengo tarro ni puedo salir porque estoy enfermo —contesté definitivamente.

Se miraron y se secretaron de nuevo.

—¿Podrías cuidar el auto mientras vamos a buscar bencina?

Me abrieron la puerta y me senté al volante. Ellos partieron peleando. Yo los miré alejarse bien contento porque podría entretenerme harto jugando a ser taxista.

Pero no duró mucho. Por la esquina apareció el carabinero que cuida a una senadora y se acercó con harto disimulo. De repente se quedó perpetuo, miró mi taxi con cara maquiavélica y sacó una libreta. Aparecieron sus dientes en violenta sonrisa y se plantó detrás y ahí quedó para siempre.

Yo lo miraba por el espejito retro no se cuanto, esperando...

Se acercó con frecuencia modulada y me miró de hipo en hipo.

—¿Es tuyo el cacharro? —preguntó sin soltar su libreta.

—Ojalá —contesté sonrisoso.

—¿De alguien de tu familia?

—Frío, frío... —dije jugando al Tugar. Pero a este carabinero no le gustó la broma y abrió la puerta del auto y se sentó a mi lado.

—¡Dame las llaves! —ordenó muy seco.

—Es que no las tengo...

—Veamos el padrón.

—Veámoslo —contesté registrando la guantera y demases. Él me miraba con malos pensamientos. De repente se le acabó la paciencia.

—Explicame lo que haces en un auto que no es tuyo.

—Jugaba a que era taxi y tenía que llegar a Pudahuel a todo chanco...

—¿De quién es el auto?

—No tengo la mayor idea. Unos gallos no podían hacerlo partir y yo les dije que no tenía bencina, porque no tenía ni olor...

—A ver si me das sus nombres.

—Eran dos lolos chascones y rotundamente desconocidos.

—Eres un loro bien amaestrado —dijo—. ¿Sabes de algún teléfono cerca?

Le mostré mi casa. Se sacó el quepis y se rascó la cabeza. Tenía algún problema. Se acercó a la puerta de calle, volvió al auto, otra vez a la puerta y volvió donde mí.

—Si es tu casa, llama a tu papi —dijo.

—En primer lugar no tengo papi, sino papá y en segundo, salió y en tercero, no hay nadie.

Otra vez se levantó el quepis y se rascó. Se puso violentoso.

—Ven conmigo al teléfono —dijo tomándome del brazo, así como llevándome preso.



Entramos.

Cuando uno entra en mi casa llevado por carabinero, ella se ve distinta. Casi desconocida. El teléfono era anónimo. Marcó un número y no sonó ocupado.

Con voz de "móvil 3" dijo:

—Aquí sargento Benítez. Ubicado el Peugeot robado anoche. Mande grúa y refuerzos. Sí. Hay un detenido —y dio mi dirección.

Entonces no más me cayó la teja y mis piernas se pusieron electrónicas. Pero quedé frenado, y tragando saliva.

—Oiga —le dije— ¿va a detener a los chascones?

—Por supuesto. Y si no aparecen ellos, te vienes tú conmigo...

Mi saliva estaba espesa, pero me la tragué otra vez.

—Tienen que volver. ¿Cómo van a dejar perderse un Peugeot blanco?

Me miró igual que el doctor, así, harto rato. Creo que se dio cuenta que soy dix-leso. Entonces traté de convencerlo de lo contrario.

—Yo les di la dirección de una bomba bencinera bien lejos —le expliqué—. Quería que se demoraran para poder jugar al taxista. Claro que apenas se fueron llegó usted y... —traté de sonreír.

Otra vez se levantó el quepis y se rascó la cabeza y me miró perpetuo. Por fin dijo:

—Puedes jugar al taxista ahí en el auto, por si vienen. Yo espero aquí en tu casa para que no me vean.

Me fui feliz al Peugeot, pero al subir, pensé que cuando uno es dix-leso hace leseras, así que hice lo contrario. Volví donde el sargento.

Usted puede esperar en la puerta —le dije—. Yo no tengo confianza en nadie.

En vez de enojarse se rió.

Apenas me había instalado en el volante cuando sonó la sirena del patrulla. El sargento apareció ipso flatus y le indicó al patrulla que torciera por la calle del lado. Chirriaron frenos y la grúa que traía a la rastra por poco se viene encima. Pero no se veían de mi auto. El sargento torció también por la esquina para conversar con ellos. Yo esperaba.

Ya me quedaba poco rato para seguir jugando, así que me imaginé que yo era los chascones y arrancaba de mis perseguidores a mil por hora. Pero se me cruzaban ideas raras. "Los chascones no han vuelto —me decía—. Es señal de que vieron al carabinero y no volverán. ¿Qué va a pasar entonces?".

—He creído en tu palabra —dijo una voz a mi lado—. Seguiremos esperando a que vuelvan los ladrones del auto. No te muevas del volante... —dijo el sargento y desapareció por la esquina.

Ya no me resultaba mi juego. Tenía tentaciones de largarme. No me gustaba ser cebo, ni siquiera para ladrones de auto.

"No te pongas nervioso" —me dije—. "Total, si hay que esperar pónelo tinto al juego..." y me obedecí. Enganché primera y le tironeé botones y cosas con furor. Dio un brinco el auto y partió.

Apenas le alcancé a hacer un quite a una citroneta, cuando me vi alcanzado por el patrulla.

Frené tan fuerte que se me enganchó una oreja en el embrague. Costó bastante sacarme del enredo. Todo se volvió pesadilla y confusión. La grúa enganchó al Peugeot y lo levantó de la cola. El sargento cerró de golpe la puerta de mi casa y se instaló en el volante del patrulla. Me hicieron sentarme a su lado y un teniente a mi otro lado.

Ni valía la pena preguntar si me llevaban preso. Y me caía remal porque la otra vez me aburrí rotundamente. Traté de pensar que por lo menos iba en patrulla con grúa y Peugeot robado, y eso era un poco choro.

Y fue mi último pensamiento, cuando...

Por suerte Dios hizo el son contradictorio de esta vida y pasa al revés de lo que uno cree que va a pasar. La cosa es pensar en algo que no le gusta, y entonces fijo que resulta algo choriflái. Por eso seguí pensando en la comisaría y hasta en el calabozo, cuando ¡zzazz! ¡prum! ¡chuzaz!

Chocamos.

Unos brincos, la cataclíptica sonajera de latas, la polvareda y eso de no saber más lujuriosamente nada...

Bueno, en vez de ir a dar a la comisaría, fui a dar a la posta central.

Cuando abrí un ojo mi teniente Albornoz chorreaba sangre en la cara y yo no chorreaba ninguna cosa. Todo se volvía enfermeros, algodones, camillas en carrusel y viceversa. Olores y enmascarados que a uno lo dejaban esterilizado y sin moverse jamás.

Ahí me quedé tan quieto como don Pedro de Valdivia, pero sin caballo.

Uno está como estatua pero sigue chocando y chocando de memoria, igual que un disco pegado. Hasta que por fin se le acaba la cuerda a la cabeza y poco a poco se empieza a preocupar de otras cuestiones y se acuerda del Peugeot blanco, de la cara que pondría el papá con su hijo desaparecido, de la Domi que no tenía llave para entrar, de los chascones y su tarro con bencina, etc. Y entonces también me acordé de mi enfermedad y me dio el tremendo susto que con el choque se me hubiera sanado. ¿Qué iba a hacer sano cuando me resultaba mejor estar dix-leso?

Ya no estaba en el Quiro no sé cuánto, sino que en un cuarto chico con puras dos camillas: la mía y la de mi teniente Albornoz. Una luz roja y suave oscurecía el blanco de las cosas. No había nadie cuidándonos.

Bajé de la camilla altiplana y me acerqué a la de mi teniente. El suelo era medio blando y poco firme pero la camilla estaba cerca y no me caí.

—¡Hola teniente! —le dije para animarlo.

No entendí su saludo porque su voz era algodonesa y salía debajo de un cerro de ídem. Por si quería agua le eché un vaso encima de los algodones y se la tomó sin moverse. Apenitas cabía en la camilla porque sobraba por todos lados. Pensé que le dolía la cabeza, busqué su gorra y se la puse para sujetarle los remecidos sesos. Entonces movió la mano y se destapó un ojo.



—Parece que chocamos —le dije alegremente.

—Hum —respondió siempre algodonoso.

—Sería bueno salir de aquí ¿no cree? Estamos igual que secuestrados...

¿Le gustaría que lo lleve a tomar aire?

Se destapó el otro ojo y me lo guiñó picaronamente.

Comprendí.

Abrí bien la puerta y enganché primera empujando la camilla. Aunque era tan grandote mi teniente, rodaban suavecitas las ruedas por el pasillo rojo y antes de que alguien nos viera corrí hacia un ascensor. Apreté el botón y la puerta se abrió rotundamente. Cabíamos al pelo. Miré el tablero con números y pensando en la salida, apreté el que tenía una S en vez de número.

Bajamos como un chifle ni sé cuántos pisos, pero por fin llegamos, con un buen salto que hizo abrirse la puerta y antes de que se cerrara saqué la camilla con teniente y todo.

Igual que arriba, también era todo rojo, un rojo con ruidos y aires calientes, pestañeos y pitos marcianos. Túneles por aquí, túneles por allá como meterse por dentro de las ramas de un árbol. Pero ni una sola flecha ni letrero ni puerta que dijera salida.

Corría con mi carricoche arrancando del calor zumbón: un túnel daba a otro entre tripas de gigante. Todo era anónimo, potente, sulfuroso,

desconocido. Me chorreaba la transpiración y la gorra de mi teniente se iba poniendo oscura y goteadora. Zumbaban las calderas diabólicas rugiendo su olor de submarino. Arrancaba de un túnel y me metía en el otro...

Pensé que estaba aturrido todavía o quienzá me había muerto y sin querer estaba en el propio infierno...

Miré a todos lados, pero no vi al diablo. Un infierno sin diablo no resulta...

Mis piernas sudorosas temblaban y empecé a tener miedo de tener miedo. A lo peor íbamos a reventar de calor mi teniente y yo... Quienzá si nos estábamos derritiendo como las velas.

Me afirmé en la muralla para destemblar mis piernas y eché atrás la cabeza violentóse. Sentí un dolor redondo en la cabeza y al tocarlo descubrí que había apretado un botón en la pared. El suelo dio un tiritón con remezones y comenzó a elevarse conmigo y mi teniente. Una puerta de reja salió de ninguna parte. Subíamos y subíamos y seguíamos subiendo. ¿Llegaríamos al cielo ahora? Yo no tenía muchas ganas de estar muerto...

Y llegamos por fin.

Una mano invisible abrió perpetua la reja y un chorro de aire nos sacó con camilla y todo al "más allá". Ya no me preocupaba el asunto de estar muerto; por lo menos ése no era el infierno y se podía respirar.

Había estrellas y también había luz. Uno tiene que acostumbrarse a la otra vida...

Mi teniente tiró lejos los algodones de su cara, levantó la cabeza y miró a todos lados. Su nariz se había inflado y estaba roja y churumbélica y creo que le dolía tremendo, aunque no se quejaba.

—¿Dónde estamos? —preguntó con cara de recién nacido.

En vez de mí, contestó un ruido tremendo de alas acercándose...

Me dio carne de pollo pensar que era verdad y venían los ángeles a buscarnos. Yo no había alcanzado a ser bueno de veras y ya no tenía tiempo.

El ruido de alas retumbaba en las tripas y parecía cubrir el cielo entero. Yo me metí debajo de la camilla, sin pensarlo.

Poco a poco se aquietaron las alas y en vez de ángeles un zancudo gigante se paró en el suelo. Se abrió una puerta y saltaron a tierra dos astronautas cualesquiera. Miraron a todos lados y sin decir palabra pescaron la camilla y conmigo debajo nos metieron al pájaro gigante.

El ruido de alas atronó de nuevo y sentí que se despegaba el suelo...

Ahora sí que tenía cortocircuito en los sesos.

Si habíamos llegado al cielo ¿dónde íbamos ahora?

No me atrevía a preguntarles si eran ángeles malos o eran buenos. Mi teniente me había pescado la mano, pero se hacía el muerto. El ruido de alas paternal y revoltoso no nos dejaba hablar y a mí me daba tilimbre llegar al otro mundo sin alguien conocido. A Dios no le tenía ningún miedo, pero tampoco lo conocía de vista. Y también seguro que había cola con los montones de guerras, incendios, terremotos y muertos de este mundo. ¿Cuántos años duraría la cola para entrar?

Mientras sacaba la cuenta se calló el ruido de alas. Paró en seco y también se paró mi corazón.

¡Habíamos llegado!

El silencio perpetuo era peor que el ruido. Yo estaba muerto por primera vez y le tenía vergüenza al más allá desconocido. Me habría gustado que estuviera conmigo por lo menos la Domi...

El silencio era atroz. ¿O son sordos los muertos?

Justo entonces se revolvieron las alas un momento. Y otra vez el silencio. ¿Pana de batería? pensé y entonces me cayó la teja: no era un portaángeles sino apenas un helicóptero. ¡Y mi teniente y yo estábamos vivos!

Yo creo que habíamos resucitado, que es como nacer. Total uno llora de la pura alegría.

Alguien trató de nuevo de dar vueltas las alas. Se oyeron garabatos y se abrió una puerta. Dos gallos saltaron fuera. Era noche y había luz de luna. Vi alejarse sus sombras por el infinito.

—¿Qué te pasa? —oí una voz a mi lado. Era mi teniente sentado en camilla y con los pies en el suelo.

—Creí que estábamos muertos —hipé—. ¿Dónde estamos?

—Ya lo averiguaremos...

Trató de levantarse pero cayó sentado en la camilla. Tenía la cara un poco rara en la oscuridad.

—¿Estamos secuestrados? —pregunté.

—Podría ser. ¿Es millonario tu padre?

—Ni siquiera jubilado... —dije desprecioso.

—¡Claro! Ahora recuerdo. Tú eres ladrón de automóviles.

—¡No, señor! —clamé furiondo—. Yo estaba cuidando un auto, que es

distinto. Y no porque Ud. es teniente me va a insultar. Soy muy rabioso.

Mis manos se apretaron con ganas de apuñetearlo, pero el teniente estaba herido y con la nariz fallecida. Le di una mirada terrorista y nada más.

—¿Qué haremos? —trató de levantarse otra vez y se quedó afirmado en su camilla.

—Si Ud. no sabe, menos lo sé yo. Porque lo que yo pienso fijo que es equivocado. ¿No ve que soy dix-leso?

—¿Y eso qué es?

—Una cuestión especial.

—¿Eres chistoso?

—Ahí es donde está lo malo: creen que soy chistoso cuando hablo en serio.

Nos miramos en la oscuridad.

—Me parece que tu enfermedad no es del cuerpo —dijo.

Oiga, mi cabeza es de mi cuerpo y no porque yo pienso más ligero que mi carrocería voy a ser leso. Dix quiere decir no en otro idioma. Ud. me entiende ¿no?

—Sí —dijo pensoso—, y creo que vale la pena que tratemos de dormir. Nos han pasado muchas cosas, estoy machucado y es plena noche...

Se recostó otra vez en la camilla y yo me acomodé en un rincón entre unos sacos bastante duros...

Una sirena de buque me sacó de mi sueño. Ese sueño tremendo en que éramos náufragos en el fondo del mar, un mar muerto, yo creo. Aunque el submarino hundido no se movía, resoplaba su sirena angustiada pidiendo socorro.

Abrí los ojos y vi que era día claro. Sin mar rugente ni pulpos terroristas. Poco a poco el submarino se convirtió en el viejo helicóptero desfallecido y su motor tormentoso eran los puros ronquidos de mi teniente.

Pero otra vez sonaba la sirena de buque en alta mar...

Miré afuera. Por la ventana empañada asomaban unos tremendos ojos maquiavélicos, estupidizados de odio. No pestañeaban jamás.

Salté y me levanté. Remecí a mi teniente.

—¡Hay un monstruo marciano! —clamé triunfante—. ¡Nos espía!

—¿Qué? —su cara hinchada no estaba aún despierta.

—¡Ahí! —le apunté todo entero tartamudo—. ¡Dispare, por favor!

Mi teniente buscó su metralleta, pero no la tenía. Se la habrían robado. Ahora él era un cualquiera, tan tarado como yo, pero con menos susto.

Se acercó al ventanal y entonces soltó una risotada churumbélica. No se había reído nunca antes, así que me tilimbré.

—¿Qué qué qué pasa? —seguía tartamudo.

—Es una vaca —contestó calmante.

—¿Una vaca? ¿Una vaca marina? —yo estaba todavía enredado en mi sueño.

—Estamos en un potrero... Aterrizamos anoche ¿no te acuerdas?

Claro, ahora me acordaba. Y también me convencía de que lo otro era sueño. Uno no tiene confianza en lo que piensa cuando dicen que es dixeleso.

Cuando se pasa el susto, viene el hambre. Mis tripas sulfurosas sonaron como trompetas del juicio final.

—De lo que me acuerdo es que hace tiempo que no como —clamé furioso.

—También yo estoy muerto de hambre —dijo el teni. Pero en los helicópteros hay siempre una sanguchera...

Me acordé de mi invento y chorreando jugos sabrosos de esperanza me largué a escarbar en los rincones. Había una sanguchera, pero uno sabe que los piratas aéreos siempre disfrazan sus cosas, así que la desprecié. Había una bomba de fabricación cocinera que olía a queso y arrollado, y pensé al tiro que ahí estaba lo bueno. La tomé, la olí y me chorrearon los jugos hasta el cogote. Y me largué tenebroso a escarbar la sanguchera disfrazada.

Justo cuando había pescado el resortito abridor, una mano inmensa me arrebató el tesoro y antes que pudiera defenderlo, mi teniente Albornoz lo disparaba lejos por la ventanilla de la vaca curiosa.

Habríamos quedado atómicos si no lo hubiera hecho...

Volamos por el cielo revueltos con cuestiones sulfurosas, repuestos y bujías que no se encuentran ni en el mercado más negro. Vi pasar la gorra de mi teniente, vi a Dios de pasadita pero El no me reconoció. Vi también lo chico que es el mundo cuando uno lo mira desde el cielo.



Pero bajamos. Yo venía montado en mi teniente, agarrado a su cogote y aterrizamos bastante lejos de la fogata, que se había convertido el maldito helicóptero. Llamas y humo y explosioncitas volcánicas seguían disparando repuestos y dejando la crema. El pasto ardía por aquí y por allá, y entonces me acordé de la pobre vaca.

Pero apenas había pensado en ella la divisé corriendo a todo chanco por la llanura. ¡Se había salvado! Aunque encontré ahí cerca uno de sus cachos...

Con el humo y los olores reventosos se había pasado el hambre. Me desmonté del teniente y los dos apretamos a correr para alejarnos del fuego.

No habíamos corrido mucho cuando se oyó otro estallido más rotundo y voló la hélice gigante, neumáticos y fierros retorcidos como cachirulos.

A la vaca le había caído de collar un neumático y sus ojos miraban con envidia la mano con que yo había recogido su cacho. Sentí como un mandato y corrí donde ella y con saliva le pegué su cacho. Yo sabía que los injertos pegan bien cuando están frescos. Y así supe que voy a ser doctor porque sentí por dentro algo como radiante. También la vaca me tomó ese amor de "muchas gracias" que le toman a uno los animales cuando uno los entiende.

Y no tengo que estudiar demasiado porque seré famoso a los quince años. Hay tantos animales en los que puedo hacer práctica y hasta puedo pegarle las patas a las moscas cojas, que son muchas.

Con la cuestión de lo agradecida que estaba la vaca, aproveché para sacarle leche en un tubo. Mi teniente chupaba la punta del tubo y se servía así su buen desayuno. Y yo me serví el mío con la ayuda de mi teni.

Nos habíamos hecho tremendamente amigos y nos contábamos cosas de la vida y hasta secretos. Hay que ver lo entretenida que es la vida de un teniente de treinta años enteros.

Caminábamos por aquí y por allá esperando que se acabara el incendio, porque mi teni decía que bien valía la pena registrar las cenizas para encontrar alguna pista de los piratas que nos secuestraron.

—Total no nos hicieron nada —dije yo—. ¿Para qué nos traerían aquí?

—Por equivocación —explicó mi teni—. Algo les falló en su programa o "alguien" se adelantó y cambió las cosas...

—¿Ese alguien soy yo?

—Naturalmente. ¿Quién te mandaba subirme a la terraza de emergencia de la posta central?

—Así que Ud. se dio cuenta de todo lo que pasó. Yo lo creía aturdido.

—Aturdido a medias. Pero no tenía fuerza para hablarte... —dijo.

—¿Entonces Ud. cree que iban a secuestrar a otro?

—¡Por supuesto! Estaba todo arreglado. Como el secuestrado no les habló, decidieron dejarnos abandonados. Se estaban enredando demasiado...

Quedé pensoso. Pero entretanto se había apagado el incendio y hasta el humo. Nadie había venido a curiosear el incendio. Éramos dueños de las ruinas y sus valiosos fierros retorcidos.

—La escabadura fue larga. Había muchas metralletas chuecas y mi teni iba diciendo: "¡Hum!" cada vez que apartaba una. Tirábamos a un montón

lo que podía servir, y entre ellas mi teniente casi no pudo tirar una marmicoc repesada y negrita de humo. Al tirarla se abrió explosionosa y vomitó una cuestión como crema espesa amarilla y brillante.

—¡Lo encontramos! clamó glorioso y me sujetó fuertemente, porque se me iban las manos a probar lo que me parecía una mermelada.

—¡Es oro! Pero está fundido y caliente —su voz, era de padre eterno—. Tenemos que esperar hasta que se enfríe —y me siguió sujetando.

—¿Hemos hallado un tesoro? —pregunté.

—Más bien un problema —dijo con voz funeral.

—El oro siempre sirve —traté de soltarme—. ¿Cuál es el problema?

—El problema es pillar a los ladrones y devolver el oro a su dueño. Como tú ves la marmicoc guardaba oro que derritió el fuego. Pero los que lo habían guardado ahí van a venir por él. No se atrevieron a sacarlo anoche, por no despertarnos...

—Total es un tesoro ajeno... Podemos dejarlo tirado —dije aburrido.

—Un carabinero tiene obligaciones, Papelucho —dijo mi teni abotonando su chaqueta y poniéndose duro. Pero le dolió algo al enderezarse.



Yo también me puse duro. Un teniente necesita alguien a quien mandar.

Apreté mis talones y me achaté las manos en el popí.

—¡Mande mi teniente! —dije esperando órdenes.

—¡Descansa! Ya te diré mi plan cuando lo tenga pensado...

Y se sentó, en una piedra. Poco a poco se le iba deshinchando la nariz. Yo y la vaca lo mirábamos y veíamos unas pocas ideas que le hacían cosquillas sin convertirse en "plan". El sol subió hasta arriba y comenzó a bajar.

—¡Ya! —dijo de repente y se levantó poco a poco.

Yo también me levanté y lo seguí.

Nos acercamos al problema, o sea a la olla con su oro derretido y él lo levantó limpiecito en sus manos. Era una cuestión como "brazo de reina" medio chueco para un lado pero brillante que dolían los ojos. Se había puesto duro como piedra.

—Tendremos que esconder nuestro "problema" hasta llegar donde el juez.

Entonces se sacó los pantalones y yo miré a otro lado, con respeto. ¿Qué iría a hacer desnudo? ¿O se estaría volviendo un poco loco?

Lo aguaité con disimulo y vi que se había sacado la camisa. La estaba haciendo tiras, lo que se llama tiras, largas, raras... ¿Qué diría su señora cuando viera esa camisa? Nunca más la podría componer.

Fue añadiendo las tiras, hizo un rollo con ellas y entonces tomó la cuestión de oro y se la empezó a probar por todos lados: primero en la rodilla, después debajo de ella, en la pantorrilla, en la cintura...

"¡Pobre esposa del teniente con su marido loco" —pensé yo.

Y dale con ajustarse el tesoro en cada parte del cuerpo. Después volvió a probarlo detrás de la rodilla y comenzó a vendarlo firme con las tiras de la camisa. Quedó como enyesado, con la pierna bien tiesa y mucho más gorda. Apenitas le entró la pierna del pantalón. Yo lo miraba sin preguntarle nada.

Ensayó de caminar y cojeaba bastante. Pero por fin pudo dar unos pasos más ligero y se rió. Yo me alegré por su señora, porque entendí lo que él estaba haciendo.

Levantó la marmicoc y le probó la tapa.

—Ahora echaremos aquí lo más pesado que encontremos —dijo y comenzó a elegir los repuestos que cabían en la olla. Cuando apenas se la podía, la cerró y fue a dejarla entre las ruinas quemadas, medio escondida.

—El ladrón vendrá luego a buscarla —dijo sonrisoso—. Le estamos

poniendo una trampa igual que a un ratón y si viene, lo pillaremos igual que al ratón...

Era chora la idea y me reí de gusto por mí, por la señora del teni y por la genial trampa.

—Ahora —dijo— tenemos que fabricarnos algún arma para defendernos cuando llegue el momento. A ver cuál de los dos discurre mejor.

—¿Es un concurso? —pregunté.

—Es más que eso. Nos va la vida si no sabemos cómo defendernos.

Y los dos nos sentamos en el pasto a pensar...

No sé lo que estaría pensando mi teni. Sé puramente lo que pensaba yo.

—Las metralletas están chuecas y cachirulientas. No sirven —me decía—. La bomba ya estalló. No hay flechas ni lanzas. No hay ni siquiera escopetas...

Había que inventar algo, y eso es lo que cuesta. Cada vez que se me ocurría un invento, ya estaba inventado y tampoco había materiales para fabricar lo que inventaron otros. Yo me estaba gastando los sesos por las puras...

Así que me dio por acordarme de la mamá lacrimógena, de la Ji que me hace los mandados, de la Domi que soluciona todo y hasta de Javier, que es fregado. Ahora me hacían falta.

Yo sé que en estos tiempos hay niños huérfanos porque los padres se divorcean o cosa por el estilo y también hay otros que se huerfanean solos. Lo que pasa es que uno no elige a sus papas ni a sus hermanos. Bueno, tampoco se elige uno. Esos niños no se acostumbran en sus casas. Pero yo sí. Aunque algunas veces me sentía infeliz, nunca fui desgraciado. Porque los desgraciados son los que no se la pueden, o sea que se latean.

Y yo no me he lateado en jamás de los jamases ni me voy a latear tampoco.

—¿Qué te pasa Papelucho? —mi teniente adivinó mis pensamientos—. ¿No vas a concursar?

Remecí la cabeza en no.

—No hay que desanimarse. Soy yo el que tengo que defender aquí. Creo que nos conviene hacer un rancho antes de que sea de noche y vigilaremos por turno para pillar al ratón. Mientras yo duermo tú tienes que estar despierto y avisarme si ves venir a alguien...

—¿Y qué saco con avisarle si no tiene con qué defenderse?

—Hay maneras, aun sin armas. Para eso tenemos la cabeza.

Yo pensé que si él creía defenderse a cabezazos además de machucada que tenía la cara, iba a quedar como un puré. Pero no dije nada, con la cuestión de mi enfermedad, prefiero callar.

Empezó a separar fierros largos y chuecos y eligió uno para abrir hoyos en el suelo. Yo iba clavando los fierros; él estiraba latas y las iba amarrando más o menos y el refugio iba apareciendo poco a poco. Yo creo que los hijos Albornoz deben ser muy felices de tener un papá genio. Porque el rancho resultó hasta con una ventanita con mira telescópica y apilamos dentro fierros picudos como lanzas y otros raros que nos servirían casi como armadura metálica. A mí me estaba haciendo agua la boca porque llegara luego el asalto.

De repente me mostró una cuestión rara, gorda y pesada.

—Esta —me dijo— es nuestra bomba de hidrógeno. Cuando la vea el ratón, arrancará como el mismo diablo.

Yo preferí quedarme sin saber si lo decía de verdad o de mentira. Lo sabría cuando llegara el ladrón-ratón.

Nos tomamos otro tubo de leche cada uno y entonces me ordenó mi teni.

—Ahora te acomodas para dormir. Has trabajado bastante y tienes que descansar para estar bien despierto cuando te toque el turno de vigilar.

Me acomodé en el suelo, en un rincón del rancho y al tiro me dormí.

Desperté con un calor tremendo. Había sol, era otra vez de día y las murallas del rancho estaban muy calientes. Mi teniente roncaba...

La vaca guardaespaldas no se veía por ningún lado. Había desaparecido.

Me di un feroz estirón y con mi largo bostezo, se despertó el teniente.

—¿Qué pasó? —pregunté—. ¿Por qué no me despertó cuando me tocaba el turno?

—Fue inútil remecerte y sacudirte —dijo bostezando y estirándose más fuerte que yo—. Debo haberme dormido remeciéndote...

—No hay desayuno —le dije—. Desapareció la vaca.

Mi teniente se levantó de un brinco, se aplastó con la mano un "¡Ay!" que le salió de la boca, y cojeando se fue al montón donde dejó escondida la olla maldita.

Desde lejos oí sus garabatos.

—Vino el ratón y nos falló la trampa. ¡Se llevó la olla!

—Total, se acabó el problema —clamé yo bien contento—. Ahora podemos volver y no preocuparnos más.

Pero mi teni tiene un carácter de Urquieta y puso cara taimada. Clavó la vista en el suelo y se quedó paralelo. De repente se agachó y largó otro garabato.

—Esta maldita pierna —dijo como excusa, sobándose "el problema" que tenía vendado en ella. ¡Pero hay huellas! —y tocó el pasto negro—. Huellas frescas que no son tuyas ni mías. Son distintas. Ven y mira...

Había miles de huellas del ratón. Eran más chicas que el zapato de mi teni y más grandes que las mías. Se notaban claritas en el pasto quemado. Unas iban y otras volvían del lugar donde él había dejado la olla misteriosa.

—¡Lo encontraremos! —mi teni se había puesto radiante otra vez. Ya no le importaba que nos quedáramos sin desayuno ni vaca—. Seguiremos la huella y pillaremos al ratón.

Tuve que tragarme mi hambre. Y entonces comenzó el largo camino. El rastreo, lo llamaba él. Mis tripas sonaban sulfurosas y mi hambre se retorció nauseabundo. Pero rastreaba con él. —Aquí hay huellas de la vaca —descubrí de repente—. Van detrasito de las del ladrón...

—Obvio —dijo mi teni. . —¿Ud. sabe el nombre del ladrón? —pregunté.

—Naturalmente que no. ¿Por qué?, —Me pareció que nombró a alguien —preferí cambiar de tema—. Usted es muy valiente porque busca al ladrón y no viene armado...

—Pero traigo mi bomba —mostró un tumor en el pecho y siguió su camino cojeando y traspirando.

Yo lo seguía medio aturdido por la sonajera ambiental de mis tripas. Por eso ni me di cuenta cuando llegamos a un grupo de arbolitos. Estábamos en lo alto de una loma y por fin, allá abajo, se divisaba un rancho. Y cerca de él nada menos que la vaca chueca y perversa. Pero me alegró verla. ¿Tendríamos desayuno? Era lo más importante para mí.

—¡Ahí lo tenemos! —mi teni paró en seco y enganchó primera, casi sin cojear—. ¡Adelante! —ordenó.

Me puse duro igual que él y caminé a su lado, contando mis largos pasos. Me venía la idea que podrían ser los últimos. Al llegar a la vaca, mi teni siguió de largo, derecho al rancho. Yo habría querido saludarla y perdonarla si me daba su leche...

Pero mi teni avanzó hasta la puerta y se desabotonó la chaqueta. Quería que se le viera la bomba de hidrógeno.



Golpeó. Mi corazón golpeó más fuerte que él. Se abrió la puerta...

—¡Buenos días! —dijo abriendo una lola medio hippie—. Pasaron buena noche, aunque era dura la cama... —rió con miles de dientes. Yo los vi dormir cuando fui a buscar mi vaca...

Mi teni y yo le miramos con violencia los pies. Tenía unas chalas idénticas a las huellas.

—Buenos días —contestó seco mi teniente.

—¿Les ofrezco una taza de desayuno? Tuvieron mucha suerte al no matarse en un accidente aéreo..., pero están machucados —y miró sonrisosa la nariz de mi jefe. Pero siguió hablando—. Mi marido vio caer el aparato y fue a dar el aviso al pueblo, pero no vuelve todavía porque queda muy lejos.

Entramos. Mis tripas se alegraron porque había olorcito de comida. Mi teni seguía duro y antipático, con los ojos clavados en la marmicoc que estaba en la cocina.

Ella adivinó sus malos pensamientos y dijo:

—Me la traje de recuerdo —mostró la olla maldita— porque a nadie le sirve y cuando llegan los jueces no dejan tocar nada.

Ofreció sillas y se afanó calentando leche y pan. Sonreía todo el tiempo. Mi teni se sacó la gorra y se secó el sudor. Y no se abotonó la chaqueta. Yo estaba tilimbroso y trataba de decirle que se le veía la bomba.

—Así que su marido vio caer el avión —dijo mi teni tal como si creyera sus mentiras.

—Lo vio caer y quemarse —nos estaba sirviendo un café con leche y un pan caballo de rico—. Fue tempranito al pueblo a caballo a dar cuenta y entonces eché de menos la vaca y salí a buscarla. Y me traje la olla. Ustedes dormían como dos angelitos.

Aunque era mentirosa la lola yo le tenía confianza, pero mi teni no. ¿Quién tendría la razón?

Pasó un rato, y otro rato más, mucho más...

Nos servimos dos desayunos mientras la lola se afanaba ordenando el rancho. Era un rancho distinto, con sofá y cojines de colores, con 'posters' en la muralla y unos rifles, colgando por ahí y hasta un mueble tapado con una manta de mil colores. Era como de revista y no de campo chileno. La lola estaba medio nerviosa y a cada rato se asomaba fuera a mirar si venía su marido.

Mi teñí aprovechó una de sus salidas y le sacó las balas a los rifles. Se las echó al bolsillo y aprovechando otra salida de la lola destapó la olla y la tapó de nuevo. Se sentó.

—Ni se divisa Manuel —dijo la lola entrando. —¿Cuánto demora ir a caballo al pueblo? —preguntó mi teñí.

—El caballo estaba manco; le faltaba una herradura. Lo menos un día si se ha ido al tranco. Pero allá lo habrá herrado y entonces al galope, sus tres horas.

Mi teniente estaba tratando de conversar. Yo sé que no le creía nada a la lola. Yo también traté. —¿En qué trabaja él? —pregunté. —En la tierra, por supuesto —rió la lola. —Pero no hay herramientas y todo está tan limpio —alegué. Me pareció que mi teni me daba un pisotón. Pero no estaba seguro.

—¿Es cazador? —pregunté mostrando los rifles.

—¡Claro! —dijo mi teni. Cazar es el deporte campesino. Todo tranquilo y sin problemas se comen ricas tórtolas y perdices... —y me plantó una mirada con recado. El recado decía: "¡Tú te callas!" y me quitó las ganas de hablar.

Y de repente, se abrió la puerta y entró un cabro, chico y feo como yo. La lola pegó un brinco, lo tomó de un brazo, lo sacó para afuera y cerró la puerta. ¿De dónde habría salido ese chiquillo?

Mi teni aprovechó que no estaba la lola y lo seguí. Por un rincón de la cortina que había en la ventana, la miramos. Ella le quitaba al chiquillo un papelito escrito y lo leía. En el mismo papel escribía algo y se lo daba al cabro que arrancaba corriendo...

Eléctricamente nos sentamos mi teni y yo, justo antes de que entrara la lola. Pero mi teni me alcanzó a decir: "¡Quédate mudo y no preguntes nada!".

—Un recado —dijo la lola sonrisosa—. Nunca falta un chiquillo que viene a pedir algo por aquí.

—¡Lástima que le quitemos su tiempo nosotros! —dijo mi teni—. Por favor haga como si no estuviéramos... Debíamos irnos, pero no sabiendo el camino y andando a pie no llegaríamos nunca.

A la lola se le alumbró la cara.

—Eso mismo pensé yo —dijo— y con el recadero le mandé decir al vecino que se trajera su tractor para llevarlos. Vendrá luego porque no está tan lejos. Mientras tanto voy a ordeñar la vaca que ya es hora.

Sacó un balde, lo enjuagó y me dijo al salir:

—¿Te gusta la leche al pie de la vaca? Te la daré tibiecita.

Y se fue.

Apenitas había salido, mi teni comenzó a levantar los cojines del sofá-cama y sacó de debajo una tremenda pistola. Vio si estaba cargada, le quitó el seguro y se la echó en su cartuchera. Debajo de otro cojín sacó una caja de balas y las fue poniendo en su cinturón. Él es como adivino porque sabe dónde encontrar cada cosa.

—¿Puedo hablar ahora? —le pregunté en secreto.

—Sí —dijo con voz seca, pero uno veía que estaba pensando en otra cosa.

—¿Son ellos los ladrones, o sea el ratón?

—Creo que sí... —se acercó al mueblecito, levantó la manta y descubrió una puerta. Había ollas surtidas... Destapó una y dijo: "¡Ahem!" y la tapó de nuevo. Cerró la puerta del mueble y estiró la manta.

—Creo que vamos a tener que defendernos —dijo—. Ese tractor de buena voluntad es alguien que viene a ayudar a esta lola a librarse de nosotros. Trataré que las cosas se arreglen por las buenas, pero si hay

baleo, tú te tiras al suelo y te haces el muerto hasta que yo te llame. ¿Entendiste Papelucho?

—Entendido —contesté—, pero a mí me parece...

—Alcancé a decir eso no más cuando se oyó el motor del jeep, su frenada y apareció en la puerta un gallo con la lola sin balde y sin leche. Mi teni y yo nos levantamos y saludamos al hombre con un "¡Hola!", a lo amigo.

Nos sentamos de nuevo y bla bla bla por aquí y bla bla bla por allá. Que el accidente, que la muerte, que la suerte, que el avión y dale con la mentira. Yo me mordía las uñas para no decir nada.

—Los llevaremos al pueblo —dijo el lolo chascón—. Lo atenderán en la posta primero y luego en la comisaría. Tienen teléfono y radio.

Puede comunicarse con sus jefes y dar cuenta del accidente. Seguramente lo vendrán a buscar.

—Siento darles tanta molestia —dijo mi teni levantándose y arreglando su cinturón con balas y pistola. Creo que ahí estuvo lo malo. Vi como le brillaron los ojos a la lola y con ellos le mandó recado al lolo. Él también miró el cinturón amenazante. Pero sólo dijo:

—Nos sirves un vasito de vino antes de partir, hija —y mostró una copa.

Entonces todo fue electrónico y relámpago.

La lola se dio vuelta para tomar la botella de tinto y en vez de eso encañonó a mi teni con el rifle. Casi al mismo tiempo el lolo descolgó el otro y le afirmó el cañón en la espalda a mi teniente. Yo esperaba tranquilo igual que mi teni.

—¡Manos arriba! —ordenó el lolo y la lola acercó más su escopeta. Pero mi teni ni se atilimbró siquiera. Me pescó de una oreja y me entregó la bomba. Su otra mano tapando su pistola. Yo me preparaba para tirarme al suelo y hacerme el muerto, pero esperaba el baleo.

La lola apretó el gatillo y no salió el disparo.

Entonces me acordé de que los rifles estaban descargados. Me reí de gusto mientras el lolo retaba a la lola:

—¡Quita el seguro, imbécil! —le gritaba apretando su gatillo. Pero ¡nada! Largó unos garabatos. Mi teni sacó entonces su pistola y le apuntó a los dos lolos. Fue todo como un chifle: se salió de la pista y los obligó a juntarse en marcha atrás, en la puerta. ¿Se irían a arrancar?

—¡Tiren sus armas al suelo y levanten las manos! —la voz de mi

teniente era de general de batalla en alta mar. Los gallos obedecieron y yo recogí los rifles. Los lolos topaban al techo con sus manos.

—¡Ahora salgan caminando hacia atrás! —manduqueó mi teni y los hizo salir del rancho. Sin dejar de apuntarles sacó del jeep unos cordeles y les amarró atrás las manos.

—¿Dónde están las llaves del jeep? Tú, Papelucho, echa los rifles al jeep.

Obedecí, mientras la lola escupía las llaves que tenía en la boca.

—Toma la bomba, Papelucho, y tenia en alto para dispararla cuando te lo ordene. Sube al auto...

—¡A su orden mi teniente! —dije hincándome en el asiento con la bomba levantada y mirando hacia atrás. Yo pensaba que los lolos-ladrones eran harto idiotas de creer que era bomba esa cuestión cualquiera que yo tenía en la mano.

Pero el teniente hizo partir el jeep y con voz de trueno gritó:

—¡Échense al suelo los dos! —y obedecieron al tiro.

Con mi brazo en alto amenazándolos con la porquería de bomba, partió el jeep a todo chifle y por poco me caigo.

Lo último que vi fue la vaca con su leche tibia que se acercaba a los lolos todavía tirados en el suelo.

Ibamos siguiendo la huella que dejó el jeep, cuando apareció un camino.

—No voy a seguir esta huella porque iremos a dar donde está la banda —contestó mi teni a mi pregunta de puro pensamiento. Es bastante adivino.

—Nos vamos al pueblo, por ahora... Puedes sentarte y dejar la bomba.

—La dejé. Pero mi brazo se había quedado perpetuo y sus lagartos duros no se podían doblar nunca jamás.

Bajo un arbolito, de repente frenó. Ipso flatus volví a tomar la bomba.

—Voy a sacarme "el problema" —dijo mi teni levantándose el pantalón y quitándose la venda—. Me aprieta demasiado...

Poco a poco apareció el brazo de reina de oro y también su pierna morada inflada como salchicha gigante. Tiró al suelo del jeep el famoso tesoro y comenzó a masajearse la rodilla, la canilla, la pantorrilla, etc. A medida que se masajeaba más gorda y más roja se le iba poniendo. Al pobre teni le dolía caballo, se le notaba en la cara.

Echó al suelo las piernas y trató de pararse, pero se sentó al tiro. Siguió

haciéndole empuño, pero se caía sentado electrónicamente.

—Como que siga tan acalambrado, tendrás que manejar tú —me dijo —; no me obedecen los músculos.

Miró a todos lados y por fin dijo:

—Bájate y sube por mi lado. Yo me corro y tú tomas el volante. Yo te dirigiré.

Me dio como una risa en mi dentror ;manejar de verdad era choriflai!

Se corrió él a mi asiento con la pierna más tiesa que un garrote. Yo me senté al volante y partí con un feroz salto, como una citroneta. Yo tenía harta práctica de chofer en autos parados, pero no andando... Lo malo era que apenas veía. Porque los jeep están un poco mal hechos y uno ve el camino de lejos y todo lo que es cielo, pero queda tapado lo de cerca. Y entonces, sin querer le enchufaba en los hoyos y dale brinco y brinco, saltando los dos a un tiempo. Era un camino sin locomoción ni semáforos ni siquiera autos en pana ni perros reventados. Un camino solitario.

Mi teni se bajó el pantalón y se dejó en paz la pierna y trató de ayudarme a sujetar el volante que bailaba con nosotros de un lado a otro. Pero su cara se iba poniendo rara, como pálida y medio fallecida. Y soltó el volante.

Lo miré. Se había echado atrás y parecía de función. Me asusté al verlo y aceleré bien a fondo. Consolándome me decía: Mi teniente Albornoz no se queda muerto así no más. Estará un poquito desmayado solamente.

Y no lo miré nunca más, sino que me seguí discursando que un teniente de tanto aguantar un dolor se puede desmayar por un rato, etc., hasta que por fin apareció el pueblo con su calle larga. Solté el acelerador y frené un poco. Había perros por ahí y una plaza con su parroquia y todo. Y justo ahí se me paró el motor. Saqué las llaves y de un salto me bajé.

Entré a la iglesia corriendo. No había nadie. Empujé una puerta y apareció un patio con su curita leyendo en una silla.

—Señor cura —le dije a mil por hora—. ¡Venga antes de que se muera!

Me miró por encima del antejo con unos ojitos turbios lacrimógenos.

—¿Qué me dices? ¿Quién eres tú? ¿Qué quieres?

Le expliqué bien confundido y creo que lo aturdí. Se agarró una oreja y con la otra mano me pescó del brazo y me acercó a él.

—Soy sordo —dijo sonriendo—. No te oí nada. ¿Traes alguna buena nueva?

Agarré vuelo y haciendo corneta con las manos le grité:

—¡Mala nueva! ¡Pésima! venga conmigo antes de que se muera mi teni...

Se sacó los lentes, los dobló y guardó en un estuche con esa calmita atroz que tienen los curas.

—Vamos a ver. Voy contigo. ¿Qué pasa?

Con la misma calmita tironeándolo yo, llegamos al jeep por fin. Al ver esa cara tan grande y tan pálida por fin se asustó, le tomó el pulso y comenzó a contar igual que en el box.

—Anda a la cocina y pídele a mi hermana una taza de café.

Corrí. También mis piernas estaban desmayadas con la fuerza que hice en los pedales del jeep, y claro, me caí. Me levanté para caerme de nuevo y me chorreaba la sangre por las rodillas.



La dejé correr por si me convidaban a mí también un poco de café. Porque tenía el cuerpo aquilatado y lagarteadado.

La hermana del cura era el doble de vieja que él, pero no sorda y harto acelerada para calentar café, darme un poco y llevar una taza al jeep. Por cucharaditas se lo echó en la boca a mi teni que se chorreaba igual que la Ji cuando era chica. Pero por fin tragó y poco a poco fue abriendo los ojos.

En un minuto se había pelado la plaza y toda su gente hacía redondela

al jeep: niños, perros, bicicletas, manicero, señoras con guagua y hasta un carabinero.

Ipsa flatus se convirtió en general, despejó la cancha y enchufó al cura con preguntas. Pero él na' que ver, seguía contando el pulso de mi teni que había vuelto a cerrar los ojos.

Alguien me apuntó a mí:

—¡Ese mocoso venía manejando! —dijo acusándome con odio.

—Él lo mató. Ahí están las armas —dijo otro.

—Soy testigo de que ese cabro venía manejando y no tiene documentos —gritó otro con voz de enemigo.

El carabinero sacó libreta y apuntó el nombre y dirección del testigo. Yo me empecé a sentir un verdadero asesino. Si todos me acusaban ¿por qué no iba a tener culpa? Traté de pensar en otra cosa y no me resultó. Entonces sentí la mano que me apretaba el brazo, mientras el carabinero volvía a enchufar al cura con preguntas. Pero él no oía ni pío. Yo pensé que hasta un asesino se podía confesar con él... Pero de repente el cura soltó el pulso de mi teniente:

—El pulso está bueno, firme y regular —dijo al carabinero. Creo que es una simple fatiga.

—¿Es médico usted o cura? En todo caso quiero su informe.

El cura se rió y yo también porque yo sabía que no había oído nada. El carabinero sacó una cuestión y me puso una pulsera de hippie con cadena y todo.

—Vamos a la comisaría —ordenó—. Dame las lla ves del jeep...

Las busqué, pero no las tenía. ¿Dónde se habrían perdido?

—No las tengo, pero las tenía... —dije. El carabinero se puso otra pulsera amarrada a la mía. —Es malo ser mentiroso —dijo—; tendrás que encontrarlas.

—No es mentira —alegaba yo con romadizo a chorro mientras recorriamos la iglesia, el patio y la cocina. No aparecían. Entonces me acordé de San Antonio y le recé en mi dentron: —¡No quiero que me crean mentiroso! —le dije—. Aparéceme las llaves. ¿Qué te cuesta?

Volví al auto con el carabinero bastante furiondo.

—¿Hay teléfono aquí? —preguntaba a los curiosos. El cura ya no servía para dar noticias.

Fue entonces cuando una mamá mirona plantó el grito:

—¡Se me ahoga la niña!

Era una cabrita gorda y crespita, y del mismo color que la pierna de mi teni.

El carabinero la levantó y la tomó de los pies, patas arriba y la sacudió como si fuera alcancía. Y ella, como si fuera alcancía, vomitó y entre otras cosas también las llaves del jeep. Se llevó su buen reto por comellaves y se fue.



El carabinero me hizo trepar al jeep y sentarme entre él y mi teni. Pero lo malo es que él no sabía manejar y dale brinco y más brinco y el motor se le paraba. Entre tanto salto se despertó mi teni y poco a poco se desmayó y le volvió el color.

—¡Papelucho! —me dijo con voz suave—. ¿Estás bien? ¿Qué pasó?

—No mucho —alcancé a decir, cuando el carabinero por fin partió y dijo:

—Ya está en buenas manos mi teniente. Vamos a la comisaría donde lo atenderán bien.

El carabinero ya no parecía odiarme sino que me preguntó: —¿Es tu papá el teniente?

Y me dieron tentaciones de mentir y decirle que sí, puramente por ver su cara. Pero contesté: "Casi, porque en este momento es igual que si fuera...".

En la comisaría nos trataron como reyes y a mi teni lo ayudaron entre dos a entrar y lo sentaron en un sillón con frazada y todo. Nos dieron rico almuerzo y fruta y hasta un trago de cerveza. La cara de mi teni se volvió la de antes, o sea con la pura nariz machucada y lo demás muy bien. ORJ

—Quiero hacer la denuncia —dijo al comisario con voz bien entera.

—Yo haré el informe —contestó muy ronco el comisario y se largó a escribir en un libróte tremendo de grande. Era como un dictado de colegio y resultaba hartito entretenido oír toda la historia desde que chocamos con grúa y todo. Lo único distinto era que "el problema", o sea el pan de oro, se llamaba prueba N° I, el revólver era la N° 2 y la escopeta y el rifle la 3 y la 4. Me arrepentí de haberle pegado el cacho a la vaca porque habría sido la prueba N° 5.

—Es urgente ir a ese rancho con refuerzos y detener a los de la banda —dijo mi teni cuando acabó de dictar.

—Papelucho puede servirnos de guía —dijo el comisario—. Mi teniente no está como para otro viaje.

Me sentí liviano con esto que tuvieran confianza en mí. Me habría gustado tocar una trompeta o algo así.

—¿Eres capaz de guiarnos? —me preguntaron—. ¿No tienes miedo? —y me dieron un chicle.

—Soy capaz de guiarlos —dije bien serio— y tampoco tengo mi, mi, mi —hasta ahí no más llegué porque el chicle se me pegó para siempre entre los dientes.

Una camioneta verde con dos rifles cruzados pintados en la puerta, nos esperaba. Atrás subieron cuatro carabineros armados y adelante dos jefes, y entre ellos me hicieron sentarme a mí.

—Tú serás el monitor —me dijo mi teniente Albornoz al despedirse—. Tú conoces el camino y las huellas del jeep en que vinimos. ¡Buena suerte!

No me cayó muy bien lo de monitor, porque ni tengo la mayor idea lo que es, pero creo que mi teni no me estaría insultando, así que dije "sí" con la cabeza.

Y partimos. Este sargento manejaba caballo, pero conversaban poco.

El camino era largo, pero menos solo que al venir, porque nos cruzamos con un entierro con tres coronas y un tractor. Pero yo me moría de ganas de preguntar cosas y averiguar de asaltos, de huellas vegetales, de espionaje y demases. Y no me atrevía por no parecer leso.

Cuando llegamos al arbolito con la frenada del jeep, reconocí el camino porque me acordaba de la cantora rota que estaba ahí tirada. Y al pasarla yo venía aquilatado del brazo con la bomba y mi teni adivino, en ese mismo momento me dijo que dejara la bomba y me sentara. Y ahí mismo estaba el desvío por el que habíamos salido al camino.

Yo miraba el camino con violencia para no perder la huella. Porque a cada rato me daba la cuestión de que "a lo mejor te vas por otro con tu famosa dix-lesa". Y me discutía conmigo cataclípticamente. Fue entonces cuando divisamos la humareda.

—Parece un incendio —dijo el jefe—. No es tiempo de quemar rastrojo...

—¡Es el rancho! —chillé yo—. Está ardiendo telescópicamente. Esta es la huella en el pasto...

Mi sargento aceleró a todo riñón y me caí sentado encima del jefe.

El humo empezó a llegar todo lacrimógeno y a medida que nos acercábamos el calor de las llamas nos hacía toser. Volaban las cenizas. Las llamas se agrandaban y viceversa.

Cuando nos acercamos quedaban puros palos ardiendo, trapos luminosos que volaban y muchas manchas de pasto que ardían humildemente.

Con palas y otras cosas botamos los pedazos de tableros quemantes y aplastamos las llamitas que ardían por aquí y por allá. No me gustó mucho ser bombero. Prefiero seguir haciendo injertos de cachos, colas, patas y demases. Tener mi posta central propia de primeros auxilios para sanar los perros atropellados en las calles. El equipo trabajaba apagando y escarbando, hurgueteando entre las cenizas y los palos quemados. No encontraban nada importante. Algunas porquerías las recogían y echaban en una caja. Yo ayudaba y me quemé ocho dedos por recoger cartuchos de bala y otro asunto que le interesó al sargento.

—Tenemos varios rastros —dijo el jefe—. Cada vez me convenzo más de que son los "Tenebrosos". Aunque se hayan escapado no deben estar muy lejos... Quemaron el rancho con bencina y llevo muestras. ¡Los alcanzaremos!

De la vaca quedaba puramente su huellabosta. ¿Cómo se la llevarían tan ligero? —Ud. dice que los Tenebrosos no están lejos —dije al jefe—. Pero se han ido en camión, porque llevaron la vaca —y le mostré la bosta. Él se quedó pensaroso.

—Tienes razón. Hay que buscar su huella...

Y buscamos. Pero estaba tan quemado el pasto y tan pisoteado por nosotros que nos costó encontrar una marca lejos, andando al revés del pueblo. No había camino, y huellas saltadas entre pasto quemado, cenizas, etc. Pero sí que había hoyos y el asunto era áspero y mata-autos, con piedras, lomas, lomititas, acequias y agujeros.

De repente descubrí que era el mismo camino que habíamos hecho a pie con mi teniente al dejar el helicóptero. Y en ese mismo instante un neumático se reventó nauseabundo. Y anduvimos caramboleando un poco. Pero el equipo cambió la rueda de un chifle y seguimos, brincando harto choreados.

—Si logramos pillar a los Tenebrosos, te vas a hacer famoso, Papelucho —dijo el Sargento.

—Me gustaría pillarlos —dije—, sería harto penca... Pero no me gusta ser famoso, porque me carga que me pongan coronas y cuestiones en la tele.

En ese momento divisamos nuestro refugio de latas y casi al tiro lo poco que quedaba del helicóptero reventado. Aceleramos...

Saltamos todos a tierra y empezó el registro de fierros y cuestiones. Todo muy ligero; iban echando algunas cosas en sus famosas cajitas.

—La placa del motor —dijo mi jefe guardando una cuestioncita—. ¡Y ahora adelante! Hay que darles alcance antes de que se escapen.

Como relámpago treparamos de nuevo a la camioneta y seguimos el baile a todo chifle. Sonaban los amortiguadores como peñascos. Y por fin divisamos allá lejos un camión.

—¡Atención! ¡Alto! —ordenó el jefe—. ¡A tierra y protegerse!

De un brinco estábamos todos de guatita en el suelo, cada uno con su carabina o metralleta. Yo tenía casco no más. Pero como gusanos, nos íbamos acercando. Ligerito nos dimos cuenta que estaba sólo el camión y tampoco se veía la vaca.

El jefe se levantó y avanzó rápido con su metralleta. Nosotros lo seguimos. ¡Nada por aquí, nada por acá! Ni luces de los Tenebrosos.

Nos abrimos en fila ancha buscando cualquier cosa. Yo fui el primero en encontrar el cacho de la vaca.

—¡Han sacrificado un animal! —dijo un carabinero mostrando algo. El jefe me pescó del brazo y me dejó perpetuo. El carabinero que descubrió el sacrificio iba arrastrando la mano por el pasto y la mostraba roja. Todos se

acercaron, menos mi jefe y yo.

—Aquí hay huellas de un helicóptero! —dijo uno.

—Manchas de aceite... Una llave grip... —dijo otro mostrando algo.



Mi jefe miró al cielo y yo también. Allá lejos divisamos el moscardón que se alejaba. No se oía ya el ruido de sus alas. Cada vez se veía más chico. Un puntito y desapareció.

—¡Se nos escaparon de nuevo! —dijo el jefe enojado, pero sin soltarme el brazo.

—Hay pistas de que arrastraron el animal hasta el helicóptero —dijo otro.

—¡Claro! No iban a dejarlo atrás —dijo el sargento—. ¡Lo sacrificaron para llevárselo!

—Era la vaca... —dije. Yo no sé por qué tenía pena—. ¿Duele que lo sacrifiquen a uno? —pregunté, y nadie me contestó.

—¿Nada? —mi teniente Albornoz salió a recibarnos. Se le había achicado tanto la nariz que casi no lo reconocí.

—¡Se nos escaparon otra vez! Volaron el rancho que todavía ardía cuando llegamos. Pero dejaron bastantes rastros... —mostró las cajas—.

Partieron en otro helicóptero y abandonaron un camión. Se les quedó en él un trasmisor.

—¡Caramba! No tienen problemas de dinero esos sinvergüenzas!

Entramos. En una mesa fueron poniendo las "pruebas" y explicando. Apareció el libro grande y comenzó el anoto. Uno se chorea un poco de oír lo que acaba de pasar y más porque no hay misterio; es como ver dos veces la misma película. Así que me puse a pensar en mi mamá, en la Domi y hasta en la Ji, así como cototiento. Y entonces mi chori-amigo-advino que oye lo que yo pienso, se me acercó y me dijo:

—Papelucho, tú debes querer comunicarte con tu casa. Dame el número y pediré la comunicación.

Eso me reajustó y me puso radiante. Pero me duró poco porque dieron la comunicación al tiro y cuando oí la voz de mi mamá no sé por qué quedé mudo.

Yo trataba de tragarme el cototo pero estaba tan duro, que no había caso. Mi teniente Albornoz adivinó otra vez y tomó el fono:

—¡Señora —dijo—. Llama el teniente Albornoz para decirle que Papelucho está perfectamente. Se ha emocionado un poco al oírla pero ya vuelve al fono. Tendrá mucho que contarle mañana, cuando se lo llevemos. No es posible esta noche porque estamos un poco lejos. Quiero felicitarla por su hijo que se ha portado muy hombre y muy valiente.

Me pasó el fono a mí y pude hablar con cada uno. Todos me querían mucho por teléfono. "Ojalá que les dure" —pensaba yo cuando oí al propio Javier que se despedía con un "chaíto hermano".

—¡Papelucho, mi lindo! —allá lejos su voz era congojosa y con hipo—. ¡Gracias a Dios de oírte!

Esa noche comí en el comedor de los uniformados y alojé en un catre de verdadera campaña. Junto con acostarme me dormí y ni tuve tiempo de soñar.

A la mañana siguiente tuvieron que despertarme y apenas me lavé la cara porque estaban tomando desayuno. Y junto con terminar tuve que despedirme de los amigos, porque era hora de partir. Habían lavado el furgón y estaba brillante y me hicieron sentarme entre mi teni y el sargento que manejaba.

—Aquí va algo para el camino —el jefe me entregó un paquetito con rico olor de arrollado y también un cinturón de cuero con una hebilla chora.

—Eso va de recuerdo —dijo. Chitas que aprieten fuerte la mano al

despedirse; se me quedaron esterilizados los dedos un buen rato, y a uno le da congoja irse y dejar atrás la pesquisa de los Tenebrosos. Uno le toma cariño al trabajo de pillar ladrones y más que todo cuando esos ladrones son un poco de uno. Y me acordaba de la lola, de la vaca y su leche, del refugio que hicimos esa noche en el potrero. Partimos.

—Aunque no los pillamos —decía mi teni al sargento— pudimos comprobar que no se trata de una banda cualquiera. Son una verdadera mafia. Mira que no dárseles nada el quemar un refugio bien equipado, ni perder un helicóptero... No les falta otro para reponerlo al tiro. Esa barra de oro que dejaron olvidada, es un pelo de la cola. ¡Sepa Dios lo que ya habían bajado antes!

—¿El oro era un pelo de la cola? —pregunté.

—Es un modo de decir, Papelucho. Aquí llevamos una pulsera con brillantes y esmeraldas que se quedó enredada en los flecos de una bufanda, en el potrero y la placa del motor del helicóptero. Son pistas que ayudarán a identificar a los mañosos y a dar una idea de lo que han robado.

—El cacho de la vaca era también una pista —alegué rencoroso.

—También viene el cacho de la vaca —contestó.

—Pero ella está sacrificada... ¿Estará muerta?

—Preguntas muchas cosas, Papelucho.

—Es que yo quiero ayudar y no me gustaría que pillaran a los Tenebrosos sin mí.

—Estaremos en contacto contigo. Es posible que tengas que declarar porque yo estuve inconsciente un buen rato y tú no. También tú conociste a los que robaron el auto que son seguramente de la mafia. Te llamaremos.

—Ojalá sea luego, antes de que se me olviden sus caras.

El camino era largo y poca la conversa, pero al pasar por un pueblo nos paramos a tomar un refresco y a estirar las piernas. La de mi teni todavía le cojeaba del problema, pero su nariz se había achicado rotundamente. El dueño de la fuente de soda tenía una perra que le colgaban las mamaderas bastante desinfladas y un montón de perritos chicos olores.

—¿Vende los perros? —le pregunté al señor, y a mi teni le dije: —Yo creo que sería harta ayuda para la pista un perro policial...

—Te regalo uno —dijo el dueño—. Ya están buenos para destetarlos. ¡Elige!

Ya lo tenía elegido, porque él me eligió a mí y me olorosa los zapatos moviendo su colita. Cuando lo tomé en brazos me langueteó la cara entera.



—¿Es policial? —le pregunté al señor.

—Bastante —dijo riendo con dos puros dientes—. Aunque puede ser de la policía secreta...

Para probarlo le di a oler un billete, pero como es tan chico se lo comió de un tirón.

—Hay que enseñarlo —dije confundido.

—Y dejarlo crecer... —dijo el dueño.

—¿De verdad puede crecer en mi casa? ¿Es mío?

Dijo sí con la cabeza y riendo. Mi teni la miró en los ojos y me dijo:

—Elegiste una perra Papelucho...

—Ella me eligió a mí —alegué—. ¿No hay mujeres policías?

En todo caso ahora es mía y se llama Tenebrosa.

La Tenebrosa es de carácter investigoso y va a resultar más penca.

Hay que ver cómo hurgueteaba todo el camino y lo hacía más corto, revolviéndola todo el tiempo. Pero cuando íbamos en lo mejor, sonó la radio sola:

—B trece, B trece, B trece, llamando a L7...

Me resalté. Y sujeté a la Tenebrosa. Mi teni tomó una cuestioncita del auto: L7, L7, L7, recibe llamado B trece, paso —dijo con voz naval.

—Déme ubicación —dijo la voz.

—L siete llamando a B trece desde Panamericana kilómetro ciento setenta y dos. Paso.

—Siga ruta a Santiago. Tome desvío en Nos y espere órdenes. Avise llegada. Paso.

—L siete recibió conforme y tomará desvío. Nos avisando.

—Conforme.

Un clic y mi teni colocó la cuestioncita en su hoyo propio.

—Pareciera que nos esperan novedades —le dijo al jefe.

—Ya era tiempo. Estos gallos nos llevan poca delantera, ahora. ¿No llevamos seis meses siguiendo la pista?

—Lo menos —dijo mi teni.

—¿Y no se aburren de seguirlos? —pregunté.

—Al revés, se pone interesante la pesquisa.

La Tenebrosa me enterró un diente en la mano y no podía sacarlo, y mientras tanto a mí me fue volviendo la cuestión de pensar-columpio. O sea que mientras me repercutían las ganas de seguir en la pista de los Tenebrosos también me bajaban las ídem inflamables de ver a mi mamá, papá, Ji, Domi, etc. Así que dale con pensar en mi casa y el olor de sopaipillas y dale para el otro lado con los hippies del Peugeot, el cacho de la vaca y sus huellas. Porque con mi Tenebrosa propia que olorosea mundial, era seguro pillarlos. Y no todos los días tiene uno perpetuidad de poder pillar una mafia. Y dale otra vez con que "madre no hay más que una", etcétera.

Ya me estaba choreando con el columpio cuando mi teni tomó otra vez el micrófono:

—L siete llamando a B trece, L siete llamando a B trece —sopló adentro.

Ipsa flatus zumbó la otra voz:

—B trece a L siete, paso.

—L siete entra al desvío Nos Panamericana, paso.

—Conforme L siete. Ubíquese a 300 mts. entrando en corralón. Confirme.

—Ubicarme en corralón a 300 mts. conforme.

Paso.

—A quinientos metros sureste la hostería El Pequen. Debe ir no acompañado y sin arma visible. Una bebida mientras observa a los del

mesón. Aquí va el retrato hablado y se largó con el tal retrato bien hablado y difícil de entender. Irán refuerzos al corralón. Dé una seña a su compañero y entretanto gane tiempo en la hostería. Hay indecentes que están ahí más de un Tenebroso. Paso.

—Perfectamente escuchado. En este momento entramos en un corralón y avanzaré a pie siguiendo instrucciones, Albornoza a sus órdenes (clic).

Y entramos en el corralón. Nos bajamos los cuatro. Había ahí una vara con dos caballos amarrados, sin silla pero con riendas. Nadie más.

—Mi seña será un disparo y luego tres. Si ellos disparan primero, van los tres míos son impertinencia. Ustedes me rodean con refuerzos...

El jefe me dio una mirada un poco mortal. Pero mi teniente le contestó de palabra:

—Papelucho y su Tenebrosa irán con el refuerzo, pero atrás, en la parte blindada del coche. Sabe actuar y no correrá peligro.

—A su orden mi teniente —contestó el jefe y mientras se iba mi amigo- adivino fuimos con la Tenebrosa a hacerle cariño a los caballos. A mí, igual que a ella, me encanta su olor, hasta el de su bosta. Y esos ojos que ven también lo de atrás, y sus dientes enormes que hacen jugoso el pasto cuando lo mascan.

En fin que estábamos bien entretenidos, montando a la Tenebrosa en el overo y yo al anca, cuando se abrió el portón y llegó el refuerzo. Era como un ejército enterito. Todos me saludaron y también a mi perra policial. El jefe se apartó a hablar con uno y en ese mismo momento se oyó un disparo. Mi jefe quedó atómico, yo también/ todo orejas y atención. Esperaba la seña de los tres disparos... y sólo entonces me di cuenta que mi Tenebrosa no estaba.

La divisé allá lejos, corriendo a todo chanco en un potrero. Partí tras ella/ pero se metió entre los choclos y yo detrás.

Entonces sentí los tres disparos.



Y casi me viene otra vez el pensamiento columpio: que mi Tenebrosa o que se van todos y me quedo solo con ella para siempre. Pero no alcanzó a venirme porque al tiro pensé: La Tenebrosa no tiene más que a mí en el mundo. Es mía y mejor me pierdo con ella que dejarla sola.

Así que seguí corriendo entre las matas.

Eran duras, claveteadoras algunas. A mi perra le era fácil correr entre los brotes sin hojas, pero a mí me costaba. Más que todo porque ni la veía...

Sentí pasar el furgón con todo su ejército, pero seguí corriendo. Al fin y al cabo íbamos en la misma dirección y en cualquier momento nos encontraríamos en la hostería El Pequen.

Me chorreaba el calor, pero seguía corriendo a tropezones y rasguñones.

Había dos alternativas: o pillaba yo a mi Tenebrosa o mi Tenebrosa pillaba a los de la mafia. Las dos eran buenas, así que adelante.

Se oyeron más disparos, pero a mí ¡qué!

De repente pasó una bala cerquita y dejó el humito entre las matas.

Me tiré al suelo, por siaca y comencé a avanzar de guata, como en la guerra. Pero mucho más difícil, porque hay que ver lo que es cada mata de choclo, y además que no hay guerra.

Ahora había silencio...

Un silencio nauseabundo, despistador, sin balas.

Me quedé pensaroso ahí echado, esperando. Acezaba y tenía puntada, pero mucha congoja de no hallar a mi perra. Yo podría volver al corralón por mis huellas propias de maíz quebrado, pero sin Tenebrosa. ¡Eso jamás!

Quienzá si ella me encontraría a mí con su olfato y mi olor.

Esperaría otro poco por si venía, pero si se me pasaba la puntada y la acezadura. Y tal vez me dormí...

¡ Ajip! Zizizip ¡Toe!

Yo era un satélite telecomunicador espacial transmitiendo desde mucho más lejos que el sol, cuando desperté. "Alguien" me había roto la comunicación.

Ese "alguien" era la propia Tenebrosa, que me lengüeteaba y mordía chacotera.

La pesqué de una pata y la reté bien retada, mirándola en los ojos:

—Tú eres perra policial —le dije— y has creído que estamos jugueteando. Hubo baleo y te pudieron matar. No te castigo porque los castigos le caen mal a uno y tampoco te amenazo, que es peor. No más te digo que eres tara...

Con ella en mis brazos bien apretada me volví por mis huellas vegetales y llegué al corralón cuando bajaba el sol. Yo tenía más hambre que una leona.

En el corralón estaba el furgón pelado. Ni luces del "refuerzo" de mi teni ni nada. Los caballos también se habían ido. Puramente el furgón con harta tierra, los neumáticos desinflados y los vidrios molidos...

—Aquí estuvieron los Tenebrosos —pensé buscando huellas y haciéndole oler a mi perra las válvulas de las ruedas. Ella era un poco culpable de que la mafia se hubiera aprovechado, así que me metí con ella a registrar la cabina y demás cosas. Habían arrancado el coso trasmisor.

De repente, más sudoroso que yo, apareció un carabinero llenito de tierra.

—¡Fregaste la emboscada! —me dijo secándose la cara de su tierra.

—¿Yo?

—Por supuesto que tú...

—Yo no fui. Tenía que buscar a mi perrita perdida. ¿Si a Ud. se le pierde un hijo lo abandona?

—Seguramente que no, pero a una perra...

—¿Qué pasó en la hostería?

—Tuve que quedarme aquí para ubicarte y ponerte a salvo.

—¿Y cómo no me alcanzó? Ud. tiene las piernas mucho más largas que las mías...

—También tú tienes las piernas más largas que tu perra...

—Verdad —dije cataclíptico—. ¿Y qué hacemos ahora? Si fregamos la emboscada tenemos que desfregarla, pero ¿cómo?

—Otra vez nos llevan la delantera. Tú ves que estuvieron aquí y destrozaron el furgón. Aprovecharon que tú andabas entre los choclos y por eso no podían dispararles...

Con hambre y todo me senté debajo de un árbol a pensar y cargar las pilas de mi cerebro sentía como desparramado y tembleque igual que la tele cuando se descompone Las ideas geniales no alcanzaban a enchufar Para no desesperarme, recé en mi dentror Y me aclaró un poco el pensamiento.



—Si los ladrones arrancaron por los choclos, igual que yo, andan a pie. Y estuvieron aquí y asaltaron el furgón, no pueden andar muy lejos...

Justo que había pensado esto cuando sentí caer algo a mis pies.

Vi que era una llave y no la toqué. Me dije:

—Los árboles dan fruta, pero no llaves... En este árbol está trepado un Tenebroso. Dios me está ayudando y en vez de idea genial me manda a mí uno de la mafia. Tengo que hacerme el que no veo la llave.

Pero la miraba perpetuo, mientras mi perra dormía gentilmente.

Tenía tremendas tentaciones de agarrar esa llave y más tentaciones de mirar arriba, al árbol y saber de una vez. Pero me sujetaba. De repente me di cuenta que el del árbol podía estar mirándome y ¿qué pensaría si me veía paralelo?

Entonces me rasqué la cabeza y traté de mover un poco el cuerpo. Pero lo tenía frenado. Tal como si todo ardiera a mi alrededor, me daba miedo menearme. Así que seguí rascando mi cabeza, firme la mirada en la llave para que no desapareciera.

Oí crujir las ramas arriba y me palpitaron las orejas. Pero seguí rascando mi cabeza porque eso me ayudaba a cargar mis baterías y también echaba los demonios que me tentaban de mirar al escondido y fregar todo.

Si llegaba luego mi teni, estábamos salvados. Yo me podría parar y decirle que el "ratón" estaba en la trampa. Pero mi teni no llegaba y el carabinero que cuidaba el corralón se había ido a la puerta a mirar el camino.

Empezó a oscurecer y me bajó la tinca que el mafioso del árbol le iba a disparar a mi teni antes de que él tuviera tiempo de sacar su pistola. Así que no pensé más y desperté a mi Tenebrosa para sacarla de la zona del peligro y corrí a la entrada del corralón en el mismo momento en que llegaba el refuerzo con teniente y todo.

—¡Tengo al ratón-ladrón! —le dije a mi teni, pero a mi perra le dio por ladrar y no me oía. Le amordacé el hocico con la mano y le volví a decir:

—Está trepado en ese árbol, tengo pruebas... —pero mi teni no me ponía atención y daba órdenes, examinaba el furgón destrozado y se preparaba a partir con el refuerzo. Cuando iban a meterme con ellos, me arranqué para ir a recoger la llave. Un carabinero me pescó de un brazo con un: "Dos veces no te escapas" y no quiso oírme, ni me dejó dar un paso. Me trepó al camión blindado y partimos como chifle. Yo me puse a llorar de desesperación...

—¿Qué te pasa? —me preguntó alguien—. Tienes a tu perra...

—No me me me hip hip —tartamudeé con hipo— dejaron decirle a mi teni que ahí estaba el ratón...

—Ya habrá tiempo después para decírselo. Estamos apurados —contestó y yo seguí con hipo.

Habíamos salido del corralón a mil por hora y aceleraban a fondo. Yo también lloraba a fondo mi desesperación. Mi teni iba adelante con el que manejaba y no se daba cuenta de nada. Trasmítia para el mundo por el micrófono... Se alejaba cada vez más de la verdadera pista, a toda velocidad. Mi Tenebrosa olfateó la cosa y se puso a ladrar con violencia. Mi teni se dio vuelta hacia nosotros tapando con la mano su coso trasmisor.

—¡Hazla callar, Papelucho! —me ordenó. Era el momento de decirle, pero yo a mi teni le obedecía ipso flatus y le apreté el hocico a mi perra. Pero aproveché de pararme y acercarme a la oreja de mi teni.

—¡Tengo que decirle algo importante! —chillé y me sentaron de nuevo.

Cuando paró por fin de transmitir, se volvió a mí:

—Ahora puedes hablar, Papelucho —dijo.

—Ya ni vale la pena —dije—. Nadie ha querido oírme. Pero el mafioso estaba trepado en ese árbol donde estuve sentado...

—¿Lo viste? —me preguntó.

—Se le cayó una llave mientras yo estaba ahí sentado. Los árboles no dan llaves, sino fruta.

—A ver esa llave —dijo pasando la mano.

—No la tengo. Yo no quise recogerla, ni siquiera moverme para que él no se diera cuenta que lo estaba cuidando hasta que usted llegara.

—¿Viste caer la llave? ¿Estás seguro?

—Salvajemente seguro —contesté—. ¡Vamos a buscarla!

Pero él movió la cabeza.

—La llave no interesa —dijo— y ya le hemos dado tiempo para bajar del árbol. Se habrá metido otra vez en el maizal.

Pero hizo parar el camión blindado y dio unas órdenes. Se bajaron unos cuantos carabineros que se dispersaron por el camino y el campo. Y nosotros seguimos.

—Usted manda mi teniente —dijo el que manejaba—, pero yo no le creería a la imaginación de un niño.

—Papelucho dice siempre la verdad, y yo le creo. Pero tengo que devolverlo a su familia. Y una vez que lo entregue, vendré a recoger a mi

personal y al detenido.

Y a mí me dio como flato de la pura alegría: mi teni creía en mí y yo dix-leso o no dix-leso había ayudado a pillar al ratón-ladrón.

Cuando llegamos a la casa estaba la pura Domi y junto con verme se largó a llorar a chorro y ese romadizo sulfuroso que ni la deja hablar.

—Lo creíamos mu mu muerto —tartamudeaba—. Lo de dejaron so solito en la ca ca ca casa y no sup sup supimos más de él. ¡Mi po po pobrecito! —explicaba.

—Sucedieron muchas cosas —dijo mi teni— Papelucho les contará. Es todo un hombre, dígle a sus padres—, y se fue con un apretón de mano.

La Domi empezó a contarme:

—Fue tremendo. Todita la noche sin dormir y averiguando aquí y allá. Hasta salió su foto en la TV... Y viera cómo llorábamos cuando decían:

Cualquier noticia de este niño avisar a esta emisora o al fono y ahí se largaba otra vez con su llanto a chorro.

A mí también casi me da romadizo, pero por suerte llegó la Tenebrosa con un zapato del papá clavado en sus dientes. Los tiene tan filudos que era inútil desclavarlo y entre quebrarle un colmillo y romper el zapato... Así que aproveché para empezar a enseñarle a seguir una pista y la llevé al cuarto del papá y le hice oler su ropa y guardé el zapato.

Entonces pasó lo peor. Se abrió la puerta y entró el papá en persona. Quiso abrazarme, pero la Tenebrosa se le tiró encima, le enganchó sus dientes en el pantalón y no soltó nunca más. El papá la pateaba con violencia, yo trataba de explicarle que lo soltara, la Domi chillaba con parlante propio. Mi perra, confundida, empezó a tironear y sin querer le arrancó el tremendo pedazo del pantalón casi nuevo.

—Es perra policial y todavía no sabe muchas cosas... Papá trate de no pensar en su pantalón, sino que mejor piense en que volvió su hijo perdido.

No miró más su pierna peluda y pilucha, sino que me revolvió las mechas y me apretó cariñoso.

—Con este guardián ya estarás más seguro —dijo.

—Es guardiana, papá y se llama Tenebrosa. —¿Guardiana? Tú ya debías saber que una perra es problema.

A Ud. le gustan los negocios y una perra es negocio. ¿Se imagina los miles de perritos que podrá vender en un año? Y sin que le cuesten nada...

—Sí, claro. Por ahora el capital del negocio es mi pantalón. Amárrala

antes de que llegue tu madre y tengamos que doblar el capital.

La Domi trajo un plato con leche y huesos, y la Tenebrosa dejó a un lado el pedazo de pantalón estropajoso, y se enchufó en su comida. Y apenas terminó, se echó en un saco que le puso la Domi en la cocina y se durmió.

Y no despertó ni con la pelotera que se armó cuando llegó la mamá con la Ji y unos paquetes de cosas que traían para celebrarme; pollo, pasteles y hasta papas fritas.

Mientras comíamos me mostraron el diario en que salía mi foto "Niño desaparecido" y ofreciendo recompensa de encontrarme y todo. La foto no es buena porque salía puramente por delante y yo soy más conocido por detrás.

—¿Y a quién le van a dar la recompensa? —pregunté.

Pero nadie me contestó porque en ese momento llegó la tía Lala con su marido nuevo que es el más tremendo come-pollo del mundo. Así que al tiro me serví mi buena presa, porque cuando él viene casi nunca me alcanza.

—Y empezó la mamá a contar mi historia y daba horror de oírla porque la iba cambiando entera. Y cuando la contara la tía Lala yo sabía que iba a cambiar la de mi mamá y así poco a poco iba a resultar na' que ver. Por eso la escribí, y también para que no se me olvide antes de que me llamen a declarar.

Pero mientras mi mamá hablaba, se había descolgado una araña del techo y bajaba derechito por su hilo propio pataleando sulfurosa. No sé por qué yo la dirigí telescópicamente a la cabeza de la tía Lala que era una verdadera torta de pelos brillantes. Y la araña apeló directa. La tía Lala quedó con su antena conectada al techo mientras la arañita se revolcaba trabajando su tela. Yo sabía que cuando se diera cuenta iba a armar la tremenda gritería mientras alguien mataba violentoso la pobrecita aracne o la dejaba ciega de uno de sus ocho ojos. Así que no le perdía sus gestos y apenas mi tía Lala empezó a corcovear su cabeza firmemente amarrada al techo, antes que la asesinaran, di un brinco, le hice jaula con mi mano y le salvé la vida al ser más débil.



La tía Lala me miró nauseabunda, su marido nuevo me pescó la oreja/ el papá y la mamá pusieron cara de ovnis.

—Disculpe tía Lala, pero usted tenía una araña en el pelo. Aquí está — y se la mostré. Fue entonces cuando se desmayó.

—¡Por salvar la araña aturdiste a tu tía! —dijo el marido nuevo.

—No fue eso —la tía Lala abrió los ojos—. Ese bicho trae mala suerte —explicó con cara pálida levantando su torta de pelos.

Yo le iba a decir que ella se casó antes de ver la araña, pero mejor seguí comiendo mi postre y me repetí.

La gente grande inventa cosas para perdonarse sus metidas de pata, o sea se dix culpan. Por eso yo sé lo que quiere decir dix-leso. Y también cuando uno tiene tanto sueño más vale irse a dormir.

Esa noche se desveló la Tenebrosa, desconoció la casa y le dio por ladrar y despertar a todo el mundo hasta que me encontró y se acomodó en mi cama a dormir. Yo ni la sentí, pero al día siguiente hasta la Domi la cargó con ella.

—¡Mire lo que encontré en su cama! —me dijo mostrándome una cartera—. ¡Ud. cree que su perra es detective, cuando es puramente ladrona!

—Ella está estudiando para detective —le dije con calma—. Y cuando

encuentra algo, lo trae a la oficina...

—¿La oficina es su cama?

—Por ahora sí. Yo soy su jefe. ¿Dónde quieres que lleve lo que encuentra?

—No me gusta trabajar en oficinas. Nunca me gustó. Siempre tienen robos en las oficinas. Mejor me voy a una casa sin oficina...

—Oye Domi, ¿se te pelaron los alambres?

—Al que se le pelaron es a Ud. ¿No ve que esa cartera es robada?

—¿Por qué?

—Porque no es de nadie de esta casa. Es ro-ba-da.

—Si es robada la devolvemos...

—¿Ve cómo me metió a mí? ¿Y a quién se la va a devolver?

—A su dueña, claro.

—¿Y sabe quién es?

—Yo no, pero la Tenebrosa sí...

—¡A ver si le dice quién es!

Es lo malo de la Domi. Es acéptica, y no cree en nadie y su vida no tiene tono, o sea es daltona, sin imágenes.

—Mira —le dije y llamé a mi perra. Le mostré la cartera y ella creyó que íbamos a jugar, así que tira aquí y tira allá. Le pesqué la cabeza y le hablé: —Tenebrosa, vamos a devolver esta cartera, ¿entiendes?

Ella dijo sí con la cabeza pero no entendió nada. Pescó la cartera y arrancó a todo chanco, estrellándose con la Domi, con el papá, que por suerte se cayó sentado, y por fin con la puerta de calle. Y ahí quedó aturdida. Creo que por eso se libró de la pateadura que amenazaba el papá antes de pararse del suelo. Y también del odio de la Domi, porque apenas la vio aturdida le tomó cariño. La Domi es de esa gente que quiere a los que sufren del cuerpo. Yo creo que el día que encuentre un hombre atropellado, ahí sí que se casa de amor.

La Tenebrosa se desaturdió cuando sonó el teléfono. Era la tía Lala.

—¡Hola Papelucho! —dijo—. ¿Por casualidad encontraron ahí mi bolso?

—Su bolso no, su cartera —contesté— y le diré que fue mi perra, así que está un poco hecha tira...

—¿Hecha tira? ¿Pero que tu Domitila no hace aseo en esa casa? Si la encontró tu perra es seña de que no barren el comedor... chillaba.

—Mi perra se levanta más temprano que la Domi y recoge... —iba a

decir la basura, pero la tía Lala me irrumpió con un discurso atómico y mejor me callé. Supongo que su marido nuevo le podrá comprar una cartera nueva y se acabó el cuento. Recogí los pedazos y cuestiones para pintarse y lo guardé todo en una caja de zapatos.

—Si viene la tía Lala —le dije a la Domi— le entregas su cartera, y si pregunta por mí, dile que llevé a tomar aire a mi Tenebrosa. Y partimos.

Para que no se arrancara, le puse mi cinturón en el cogote, pero como soy flaco, le tuve que añadir un palo. Aunque es perra policial, la Tenebrosa se puso coqueta y al poco rato nos seguían diecisiete perros surtidos. Eran todos guerrilleros y se aborrecían. Unos chicos, del porte de un ratón, ni se daban ni cuenta de su porte y dale con discutir a todo mordisco con unos del porte de una vaca. Total era el despiorre. Y se juntaba la gente y más perros y perros. De por ahí salió uno pituco y se metió al montón, por puro revolverla. Pero apareció su dueña y armó la gritería refulgente...

De tanto tirar el palo se salió de la amarra de mi Tenebrosa y se largó corriendo a todo chanco y yo detrás. Y entre mis patas los ochenta perros brujurientos...

Hasta ella se asustó y fue a refugiarse en una frutería, detrás de las naranjas. El dueño, que vio rodar su montón por toda la calle, encañonó una escoba y a palo bien sonado los barrió con furor. Parece que al pituco le rompió las costillas, según gritaba su dueña. Y mi Tenebrosa quedó bastante nerviosa con su tomada de aire, porque estaba electrónica de corriente y también se le estiraban y encogían las patas sin querer, cuando la tomé en brazos.

Hay papáes que cuando se les pierde un hijo, le toman un tremendo amor a su vuelta. Pero los míos no son de éstos. Son de los que lo ponen a uno en otro colegio. Uno no sabe si es por castigo o en premio de que volvió. La cuestión es que uno se pregunta y no se contesta. Y también me cayó nitrógeno el famoso colegio nuevo, porque es mixto, o sea con la famosa educación Sinsal y uno revuelto con mujeres.

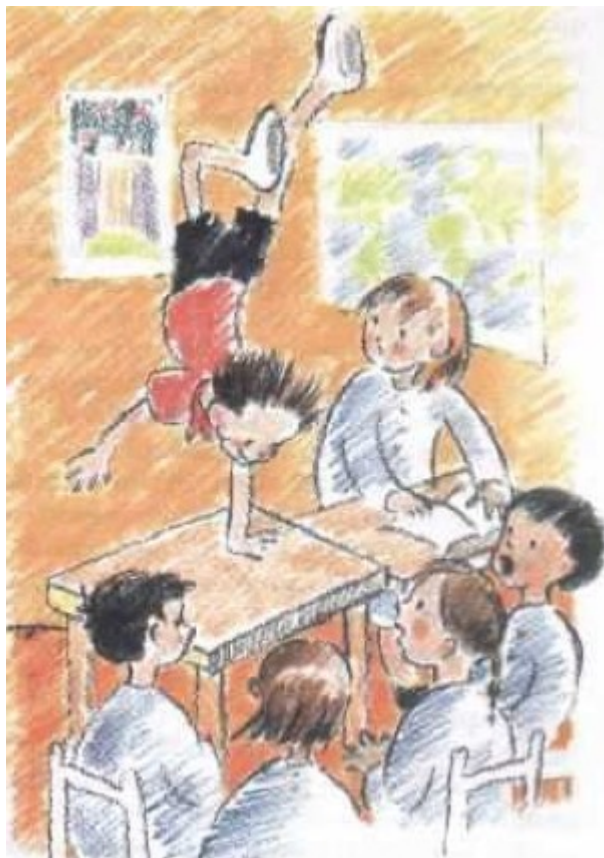
Yo había oído hablar de estos colegios, pero ni les di bola. Cómo se me iba a ocurrir que tenía papas descriteriaos. Aquí lo tienen a uno escribiendo y todo se enreda con los pelos de las chiquillas, y lo que uno piensa se enreda con lo que piensa que piensan ellas de uno y viceversa. Y también ese modo de mirar de ellas que es molesto/ pero moderno de la educación

Sinsal.

Total no se puede chutear en los recreos ni hacer zancadillas ni cosas choras, sino que puramente juegos femeniles. Y uno echa de menos al Urqueta, al Sapo, al Lenteja, al Chingue y demases. Y también su asiento, con los apuntes importantes...

Así que bajan ganas de dar un salto completamente mortal y romper la velocidad del sonido interplanetario. Y por fin lo da, porque es un mandato ultratérnico. Y entonces se arma la crema.

Yo creo que si uno da un salto y aterriza en su cabeza propia es cuestión de uno y si le duele, también es dolor propio. Y no tiene por qué meterse hasta la directora del colegio. Y me quedé un poco paralelo y el demás rato así era para no meterme en lo que estaban alegando, porque ése era asunto de ellas. En todo caso rompí la velocidad del sonido, y un buen rato lo dejé roto.



Después me mandaron dejar en un radiotaxi que es casi tan chori como un radiopatrulla, porque también tiene radio y trasmite todo el tiempo, y cuando no trasmite está recibiendo órdenes y direcciones como misteriosas.

Y en la casa, la profe que me trajo conversó con la mamá y ella me llamó a mí, para que habláramos los tres. Entonces me dijo:

—¿Por qué diste ese salto mortal?

—En mi colegio lo daba siempre. Fui campeón una vez —contesté—.

Lo que pasa es que en este colegio uno cae de cabeza. No es culpa mía...

—Tú debes hacer lo que hacen en este colegio —dijo la mamá.

—No puedo.

—¿Por qué no puedes?

—Porque no.

—Es que todavía no te acostumbras —dijo ella mirando a la profe—.

Poco a poco te irás adaptando.

—No sé lo que es "adaptando", pero espero que no. ¿Por qué me cambiaron de colegio?

—Porque es mejor para ti.

—¿Qué es lo que tengo malo?

—Entre otras cosas escribes mal algunas palabras. Aquí aprenderás a escribir de manera que todo el mundo te entienda.

—¿Ud. cree que todo el mundo va a leer lo que escribo?

—No sé, pero debes ponerte en ese caso...

—Sería harto pretencioso si me pusiera en ese caso.

En ese momento sonó el teléfono.

—¡Y era para mí! ¡Nada menos que el propio teniente Albornoz en persona!

—¡Hola Papelucho! —clamó con su voz genial.

—Hola mi teni...

—Tengo buenas noticias para ti. Gracias a tu pista de la llave tenemos a todos los mañosos. Y están bien guardaditos...

—¡Qué mortal!

—Y no será necesario que vengas a declarar. Todo está comprobado.

—Pero usted dijo que me iba a llamar —reclamé, y pensé: "Hoy de todas maneras es un día fatal. Todo sale al revés..."

—Sí. Tú querías cooperar. Pero hiciste más que eso. Diste la llave y gracias a ti están todos detenidos.

Cuando oí eso, al tiro no me importó no ir a declarar y hasta tampoco me importó eso de "adaptarme" al colegio.

Cuando uno es feliz, es feliz y siente como agüita en el corazón, y ni importan los pelos de la cola, como dijo el sargento.

—La próxima vez que yo tenga un problema —decía la voz de mi teni en el teléfono— voy a llamarte para que cooperes conmigo. Gracias, Papelucho, y ¡hasta pronto! Yo no alcancé a decir nada porque se cortó en ese momento.

Pero desde ahora me quedo esperando el llamado de mi teni y lo único que tengo que preocuparme es que donde yo esté haya teléfono. ¡Es lo importante!